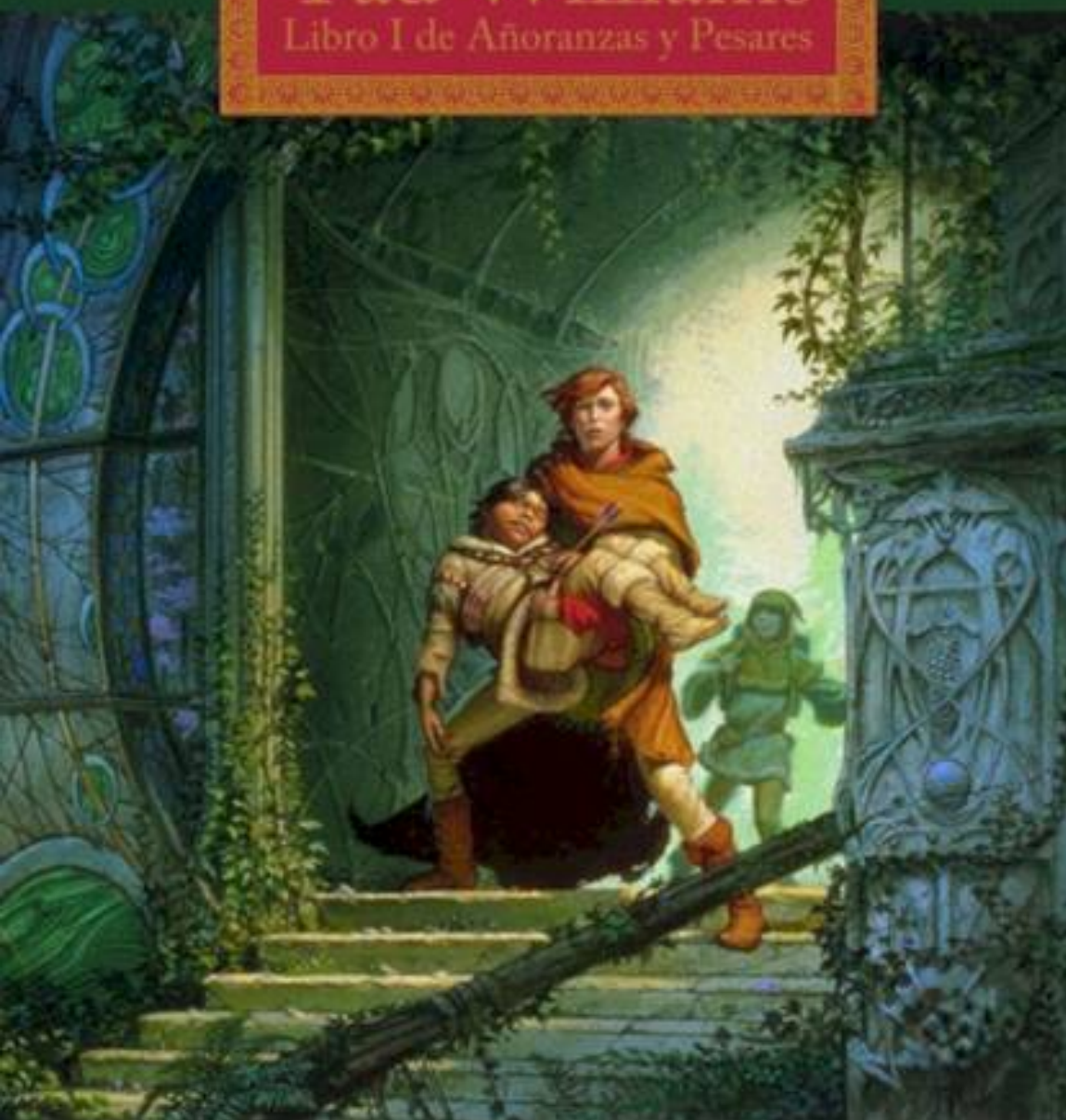


EL TRONO DE HUESOS Y DRAGON

Tad Williams

Libro I de Añoranzas y Pesares



El trono de huesos de dragón tenía el aspecto de un extraño altar, rodeado de brillantes y volátiles motas de polvo y franqueado por las estatuas de los seis Reyes Supremos de Hayholt. Los huesos de dragón con los que se había construido eran tan grandes y estaban tan pulidos que relucían pálidamente como piedras bruñidas. El respaldo del trono estaba formado por siete amarillentas costillas, y, suspendido del respaldo del gran trono, colgaba el cráneo y las mandíbulas del dragón Shurakai. Las cuencas de los ojos eran oscuras ventanas rotas y los curvilíneos dientes eran tan grandes como la mano de un hombre. El cráneo del dragón tenía el color de los pergaminos viejos y se apreciaban múltiples hendeduras, pero en él había algo vivo..., algo terrible y maravillosamente vivo. Este primer volumen de la trilogía Añoranzas y Pesares recuerda irremediablemente a Tolkien, pues muchas situaciones guardan cierto paralelismo con El Señor de los Anillos. La historia comienza cuando una gran guerra, alimentada por los oscuros poderes de la brujería, está a punto de estallar en la pacífica tierra de Osten Ard, después de la muerte del Rey Supremo que había aniquilado al terrorífico dragón Shurakai. Sólo un pequeño grupo, la Liga del Pergamino, puede intentar salvar el reino mediante la búsqueda de tres espadas de poder, perdidas hacía mucho tiempo, y que lo enfrentará a enemigos salidos de las peores pesadillas de los creadores de leyendas. «Osten Ard vive tiempos pacíficos bajo el reinado del Preste Juan, rey de suprema nobleza que logró la hazaña más increíble de todas, matar al temible dragón Shurakai, cuyos huesos conforman el trono sobre el que se sienta Juan. Simón es un muchacho holgazán huérfano que fue criado por las sirvientas del castillo de Hayholt y que sueña con convertirse en el aprendiz del mago Morgenes para que éste le cuente las más mágicas historias y aventu-

ras. Pero a la muerte del rey Juan y la ascensión al trono de su hijo mayor Elías, la paz llega a su fin y el mundo se prepara para una terrible guerra que enfrentará a los dos hijos del rey Juan, Elías, cada vez más contaminado por las malas compañías, y Josua el Manco, decidido a impedir que los malvados planes de Elías lleguen a buen puerto. El joven Simón tendrá un papel crucial en esta historia ya que junto a sus amigos deberá buscar las tres míticas espadas de poder, cuyo paradero es desconocido, para poder contrarrestar los poderes de Elías y del enemigo que está por encima de él, Ineluki, el Rey de las Tormentas».



NOTA DEL AUTOR

«He llevado a cabo una labor, una grata labor dirigida al mundo y destinada a consolar nobles corazones: a aquéllos a los que aprecio y al mundo sobre el que descansa el mío propio. No me refiero al mundo común, a ese mundo de los que, según he oído decir, no pueden soportar el dolor y únicamente ansían estar inmersos en la felicidad. ¡Que Dios se lo permita! Mi historia no está dirigida ni a su mundo ni a su forma de vivir; su vida y la mía son dos mundos aparte. Es a otro mundo al que me dirijo, al mundo que lleva en su corazón una carga de dulce amargura, que se deleita con ello y con el dolor de la nostalgia, que ama la vida y se entristece con la muerte, que ama la muerte y se entristece con la vida. Dejad que tenga mi mundo en ese mundo, que me condene o me salve con él».

Gottfried von Strassburg
(autor de *Tristán e Isolda*)

Este trabajo no hubiera sido posible sin la ayuda de muchas otras personas. Mi agradecimiento para Eva Cumming, Nancy Deming-Williams, Arthur Ross Evans, Peter Stampfel y para Michael Whelan, quienes leyeron un manuscrito horriblemente extenso, me ofrecieron apoyo, consejos útiles e inteligentes sugerencias; también para Andrew Harris, por el soporte logístico más allá de la amistad; y especialmente para mis editores, Betsy Wollheim y Sheila Gilbert, que trabajaron larga y duramente para ayudarme a

escribir el mejor libro que soy capaz de escribir, todos ellos son grandes personas.

Nota: Al final del libro hay un índice de personajes, un glosario y una guía de pronunciación.

Este libro está dedicado a mi madre, Barbara Jean Evans, que me inculcó un profundo cariño por Toad Hall, los Bosques de Aker y Shire, así como por otros lugares y países recónditos más allá de lo conocido. También inculcó en mí un inagotable deseo de realizar mis propios descubrimientos y de compartirlos con los demás. Quisiera compartir este libro con ella.

Advertencia del autor

A los viajeros que circulen por la tierra de Osten Ard se les aconseja no menospreciar las antiguas reglas y formalidades, y observar todos los rituales cuidadosamente, ya que a veces pueden confundir el *ser* con el *parecer*.

El pueblo qanuc de las nevadas Montañas de los Gnomos tiene un proverbio: «El que está seguro de conocer el fin de las cosas cuando tan sólo ha empezado a realizarlas es o un sabio o un loco; no importa cuál de las dos cosas sea, lo cierto es que será un hombre *desgraciado*, ya que ha puesto un cuchillo en el corazón del enigma».

Como premisa, los nuevos visitantes de esta tierra deben prestar especial atención a lo siguiente:

Eviten las suposiciones.

Los qanuc tienen otro dicho: «Bienvenido, extranjero. Los caminos no están hoy nada seguros».

Prólogo

«... Dicen los que lo han visto que el libro de Nisses, un sacerdote que enloqueció, es grande y pesado como un niño. Fue descubierto junto a Nisses, que yacía muerto y con una sonrisa en el rostro, al lado de la ventana de la torre desde la que su señor, el rey Hjeldin, había saltado hacia su propia muerte momentos antes.

La mohosa tinta de color marrón, que al parecer está hecha con grasa de cordero, eléboro y ruda —así como de un espeso y rojizo líquido—, está muy seca y, por ello, salta con facilidad de las delgadas páginas. La piel sin curtir de un animal sin pelo, de especie desconocida, conforma el soporte.

Los hombres santos de Nabban, que lo leyeron tras la muerte de Nisses, lo consideraron herético y peligroso, pero por alguna causa desconocida no lo quemaron, como solía hacerse con textos de esa especie. En lugar de ello, permaneció, durante incontables años, en los inmensos archivos de la Madre Iglesia, en los más profundos y secretos sótanos de Sancellan Aedonitis.

En la actualidad parece haber desaparecido del cofre de ónix que lo albergaba; la siempre poco social Orden de los Archivos se manifiesta vagamente sobre su actual paradero.

Algunos de los que han leído el herético trabajo de Nisses proclaman que contiene todos los secretos de Osten Ard, desde los oscuros orígenes de esta tierra hasta más allá de las sombras de lo que todavía está por venir. Los

sacerdotes-examinadores aedonitas sólo declaran que su contenido es "impío".

En verdad debe de ser cierto que los escritos de Nisses predicen lo que está por acontecer de forma tan clara —y, presumimos, de manera excéntrica— como lo ya ocurrido. De todas formas, se desconoce si los grandes acontecimientos de nuestra era —y, de forma especial para nosotros, la aparición y el triunfo del Preste Juan— aparecen incluidos en los escritos del sacerdote, aunque existen indicios de que así es.

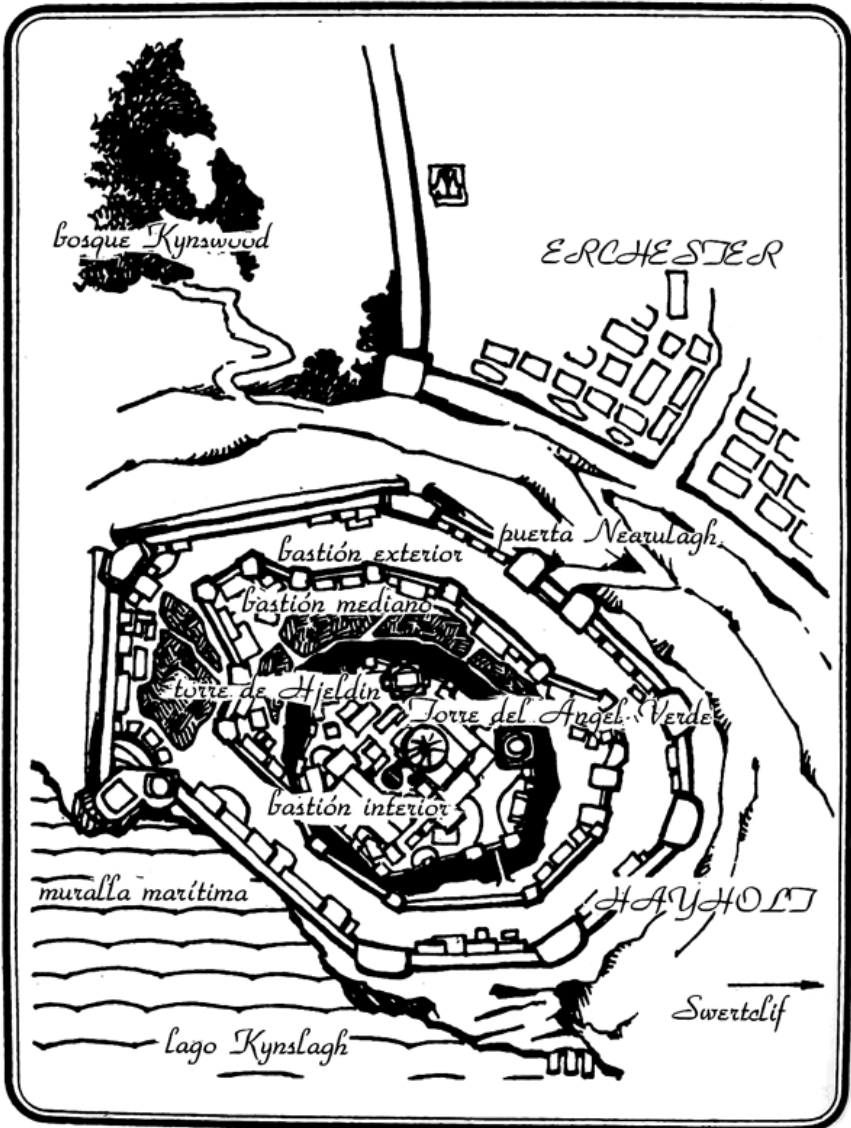
La mayor parte de los escritos de Nisses son misterios, y su sentido permanece oculto en extrañas rimas y oscuras referencias. Nunca llegué a leerlo por completo y la mayor parte de los que lo hicieron hace ya mucho que murieron.

El título del libro, redactado en la extraña y oscura escritura rúnica del lugar de origen de Nisses, allá en el norte, es Du Svardenvyrd, que significa Enigma de las Espadas...».

Extracto de La vida y el reinado del rey Juan el Presbítero, por Morgenes Ercestres.

Primera parte

Simón cabezahueca



1

El Saltamontes y el Rey

Aquel día podía apreciarse una agitación fuera de lo común en el dormido corazón de Hayholt, en la desconcertante maraña de tranquilos pasillos y en los patios llenos de hiedra, en las celdas de los monjes y en las húmedas y sombrías cámaras. Cortesanos y sirvientes murmuraban con los ojos fuera de las órbitas. Los pinches de las cocinas intercambiaban significativas miradas a través de los fogones humeantes. Conversaciones en susurros parecían tener lugar en cada pasillo y puerta de la gran fortaleza.

Debía de ser el primer día de primavera, a juzgar por el ambiente de expectación que parecía existir, pero el gran calendario situado en las abarrotadas estancias del doctor Morgenes parecía indicar algo muy diferente: era el mes de novendre. El otoño estaba en pleno apogeo y el invierno se acercaba lentamente.

Lo que hacía que aquel día fuese diferente de los demás era algo que no tenía nada que ver con la estación del año, sino con lo que ocurría en la sala del trono de Hayholt. Durante tres largos años sus puertas habían permanecido cerradas por orden del rey y sus ventanas multicolores habían sido igualmente cubiertas con grandes telas. Ni siquiera se les había permitido traspasar el umbral a los criados que se ocupaban de la limpieza, lo que provocó una angustia sin fin a la dama encargada de las sirvientas. Tres veranos y tres inviernos había permanecido cerrada aquella sa-

la, pero hoy había dejado de estar vacía y eso hacía que el castillo hirviese de rumores.



Lo cierto es que había una persona en Hayholt cuya atención no se hallaba volcada en la sala que durante tanto tiempo había permanecido cerrada; era una solitaria abeja, en un panal lleno de murmullos, cuya canción solitaria no entroncaba con el zumbido general. Aquel ser se hallaba en el corazón del Jardín de los Setos, en un hueco entre la apagada piedra roja de la capilla y la parte trasera de un seto cardado, y esperaba que nadie lo echase de menos. Había tenido un día horroroso; todas las mujeres andaban de aquí para allá muy ocupadas, con poco tiempo para responder a preguntas; el desayuno había sido preparado tarde, y frío por añadidura. Como siempre, le habían dado órdenes confusas, y parecía que nadie tenía tiempo para ninguno de sus problemas...

De mala gana pensó que aquello también era de prever. Si no fuera por el descubrimiento de aquel grande y magnífico escarabajo —que había llegado deambulando a través del jardín, tan satisfecho de sí mismo como un próspero aldeano—, toda la tarde habría resultado una gran pérdida de tiempo.

Con una ramita ensanchó el delgado caminito que había escarbado en la oscura y fría tierra junto a la muralla, pero aun así el cautivo no pudo seguir hacia adelante. Movi6 ligeramente el brillante caparaz6n, pero el terco escarabajo se neg6 a moverse. El muchacho enarc6 las cejas y se mordió el labio superior.

—*¡Sim6n!* En el nombre de la Creaci6n, ¿d6nde has estado metido?

La ramita cay6 de sus nerviosos dedos, como si una flecha le hubiese atravesado el coraz6n. Poco a poco se vol-

vió para mirar la sombra surgida por encima de él.

—En ningún sitio... —empezó a decir Simón, y según sentía salir las palabras a través de sus labios un par de huesudos dedos lo cogían de la oreja y lo levantaban hasta ponerlo en pie, mientras aullaba de dolor.

—No me digas que en ninguna parte, gandul —rugió en su oreja Raquel *el Dragón*, dama encargada de las sirvientas, una yuxtaposición únicamente posible gracias a que Raquel estaba de puntillas y a la natural inclinación de Simón a estar cabizbajo, ya que a la cabeza de la sirvienta le faltaba más de un palmo para alcanzar la estatura del muchacho.

—Perdonad, señora, lo siento —murmuró Simón, a la vez que percibía, lleno de tristeza, que el escarabajo se dirigía hacia una rendija en la pared de la capilla, hacia la libertad.

—El sentirlo no siempre te va a servir —rezongó Raquel—. ¡Todos los chicos de la casa están trabajando y poniéndolo todo a punto menos tú! Eso ya está bastante mal, pero, claro, yo tengo que perder mi valioso tiempo en tratar de encontrarte. ¿Cómo puedes ser tan malo, Simón, cuando deberías actuar como un hombre? ¿Eh, cómo?

El chico, de catorce larguiruchos años y totalmente aturdido, no dijo nada. Raquel lo miró.

«Ya tiene un aspecto bastante triste —pensó la mujer— con ese pelo rojo y las pecas, pero cuando entorna los ojos y frunce el entrecejo, parece medio bobo».

A su vez, Simón miró a su apresadora, y vio que respiraba pesadamente, exhalando el aire de novendre con bufidos de vapor. Ella también temblaba, aunque el muchacho no podía afirmar si era de frío o de rabia. En realidad, no tenía mucha importancia, pero lo hacía sentirse peor.

«Todavía espera una respuesta. ¡Qué aspecto más enfadado y cansado tiene!». Simón se encogió todavía más y se miró los pies.